



## COMBATE DE LOS TREINTA.

### I.

#### Las murallas.

—ALTO allá !.... quién vive ?...—Francia y Bretaña...—Bueno; podeis pasar.

Y la poterna se abrió, y dos guerreros armados de pies á cabeza salieron de los muros de Josselin, y el vigilante centinela continuó en silencio su paseo.

—¡ Hermosa noche ! dijo otro centinela, acercándose á la muralla para examinar á los viajeros que se alejaban montados en rápidos bridones.... Las estrellas, prosiguió el soldado, brillan en el cielo como los cascos y las cotas de malla de los dos caballeros que van á reconocer el campo tan temprano..... ¿ Quiénes son, Bertrand ? añadió, dejando caer su lanza sobre el empedrado.

—Esa es una pregunta, respondió Bertrand, á la cual responderían ellos mejor que yo.

—Bah! tú has debido conocerles, puesto que les abriste la porterna.

—Es verdad, pero está la noche tan oscura.....

—¿ Oscura?... está tan clara como si fuera de día, y yo he distinguido perfectamente sus espuelas de oro.

—Y yo nada he visto ; me han dado el santo, y esto me bastaba.

Dicho esto, Bertrand se echó al hombro su lanza, y comenzó de nuevo su marcha pesada y tranquila, lo cual obligó á su camarada á hacer lo mismo.

El día empezaba á despuntar en Oriente, cuando otro ¿ *quién vive ?* recibió igual respuesta: *Francia y Bretaña*. Dos hombres de elevada estatura se acercaron al centinela, y le dijeron algunas palabras, á las cuales respondió el soldado con una señal de cabeza afirmativa, añadiendo: « hay cerca de una hora que toman el camino de Ploërmel. »

Los recién llegados avanzaron hasta el ángulo de una torre-cilla, y se apoyaron en la muralla. Bajo sus capas brillaba su cota de malla, y sin otra arma que una larga espada, cubría su cabeza una especie de gorra que entonces se llamaba *mortero*.

—Y bien, dijo uno de ellos despues de lanzar una ojeada melancólica hácia la campiña; ¿ qué pensais, señor de Serent, de la derrota de la Roche-Derrien y de la cautividad del conde Carlos de Blois ?

—Que la herencia de su mujer, el hermoso ducado de Bretaña, vá á pasar á manos de Juan de Monfort. Este es mi modo de pensar, señor de Keranrais.

—Pues yo pienso lo contrario, repuso vivamente Keranrais; la condesa de Blois, Juana la Coja, ha tomado el mando del ejército, y la quedan buenos, valientes y leales defensores.

—Podeis contarme en el número de los mas adictos, Keranrais; pero ¿ qué quereis que haga una débil mujer ?

—¡ Débil mujer !,.... Decidme, de Serent, cuando Monfort se hallaba prisionero en el Louvre, ¿ quién se puso al frente de su ejército ? ¿ La condesa de Monfort no alzó su partido cuando no habia esperanza alguna ? ¿ Por qué no ha de hacer otro tanto la heroica Juana ?



—¿Por qué, mi pobre Keranrais? porque el rey Eduardo de Inglaterra le suministraba y le suministra todavía hombres y dinero, y Juan, rey de Francia, sostiene al conde de Blois con menos ardor.

—¡Ay! desgraciadamente es eso verdad; pero Dios sostendrá la mejor causa. Juana es hija del conde de Penthievre, hermano de Juan III, duque de Bretaña, y como su sobrina, ella y su marido no son sus legítimos herederos?

—Estamos de acuerdo; pero el conde de Monfort es también hermano del duque Juan, y sus derechos son casi iguales.

—¡Pero Juan III ha designado por sucesor suyo al conde de Blois!....

—Pobre ventaja, Keranrais, si Carlos no es el mas fuerte.

—¡Cómo! ¿doce años de guerra, asolamiento, incendios y asesinatos solo habrán servido para darnos un Juan Monfort y por amos á los ingleses?.... ¡No puedo creerlo!....

—Lo temo... Además, veremos lo que hace el rey de Francia, repuso de Serent, dejando las murallas.

Y ambos amigos entraron en la ciudad pensativos y cabizbajos.

## II.

### El camino.

Los dos guerreros que vimos salir de Josselin antes que fuese de día, caminaron por espacio de una hora sin pronunciar una palabra. En la flor de la edad, parecían estar dotados de gran vigor, y como llevasen alzada la visera del casco, era fácil ver sus facciones algo marchitas, y á la sazón llenas de una tinta de profunda melancolía: particularmente uno de ellos, cuyas brillantes armas, así como la riqueza de la cimera que ostentaba sobre su yelmo, revelaban un rango elevado, paseaba sus ojos con dolor por la campiña. El cuadro que se ofrecía á su vista era ciertamente desolador y aflictivo: aldeas destruidas y que solo representaban montones de ruinas, campos incultos y desiertos, cadáveres desnudos enteramente y sumidos en el lodo, bosques, en fin, talados de un modo bárbaro, anunciaban que aquel país se hallaba entregado á todos los horrores de una guerra larga, terrible y cruel.

Si al atravesar aquellas asoladas campiñas costeaban los dos caballeros los lindes de un bosque, aparecían de vez en cuando entre los árboles que habían quedado en pie algunas raras figuras flacas y descarnadas, desvaneciéndose como fantasmas cuando iban acercándose á ellas.

—¿No se oprime tu corazón, Tinteniác? exclamó de repente el mas apuesto de los caminantes. ¿No parte el alma ver pobla-

ciones enteras obligadas á buscar un asilo en las selvas y aun en las cavernas para escapar al furor de Monfort y sus dignos aliados los ingleses?....

—¡Ay! noble Beaumanoir, respondió su compañero de viaje, si pudieran salvar su miserable vida refugiándose á los bosques!... pero no hacen otra cosa que cambiar de males, pues en ellos les persiguen el hambre y el frío, causando su muerte.... Ni aun las grandes poblaciones les sirven de albergue; el hambre, la miseria, las enfermedades contagiosas los diezman, y los que son apresados, lo mismo las mujeres que los niños y los ancianos, perecen amontonados en los calabozos!... ¡Oh! Beaumanoir, yo también lloro los males de la infeliz Bretaña....

—Agrega á todo eso, interrumpió bruscamente Beaumanoir deteniendo su caballo, agrega que los que se libran del sable por ser todavía muy jóvenes, son conducidos al mercado y vendidos como acémilas!.... ¡Mira hacia aquel lado!....

Beaumanoir, inflamado el rostro de indignacion, mostraba con la mano á uno ó dos tiros de ballesta, un centenar de jóvenes campesinos conducidos por los ingleses y que se dirigian hácia Ploërmel.

Aquellos infelices, medio desnudos, iban atados de dos en dos: otros estaban ligados por los dedos pulgares; algunos, sin duda los que soportaban con menos paciencia su desgracia, llevaban en las piernas *cepos* que les causaban crueles heridas; todos, en fin, maltratados por sus bárbaros conductores, se arrastraban con trabajo, manchando el camino con su sangre.

—¿No puede decirse, exclamó Beaumanoir bramando de cólera, que es una piara de bueyes que conducen á la carnicería?... ¡Desgraciados de sus verdugos!....

Y empuñó el hacha de armas que colgaba del arzon de su silla.

—Detente, Beaumanoir, dijo á su vez el señor de Tinteniác: prudencia, pues las circunstancias y nuestro viaje lo exigen. Antes que nada es preciso ver á Bemboroug.

—Sí, lo veré, dijo el generoso caballero soltando el hacha; ¡pero infeliz de Bemboroug si no pone fin á tan inaudita crueldad!

Luego añadió con voz sorda:

—Lo digo con profunda indignacion; los aborrecidos nombres de Juan de Monfort y de Eduardo de Inglaterra no pueden ser pronunciados sin horror!

—Yo, repuso Tinteniác, no esceptuo á Carlos de Blois y Juan de Francia, aunque soy su vasallo.

Beaumanoir no respondió; pero hizo una señal de asentimiento nada equívoca. Cuando los vieron los ingleses, hicieron apresurar el paso á sus prisioneros, mientras que dos de ellos se detuvieron, pusieron sus lanzas en ristre, y se prepararon como para



disputar el paso á los dos caminantes, pues ya habian conocido que pertenecian al bando de Carlos de Blois.

—Calma, señores, les dijo Beaumanoir acercándose; por hoy no tenemos intencion de romper lanzas.

Y les presentó un pergamino que recorrió rápidamente uno de los ingleses.

—Pasad, dijo el inglés devolviéndole el pergamino; vuestro salvo-conducto está extendido en regla. Siento, no obstante, añadió cortesmente, no poder romper una lanza con un caballero tan valiente.

—Os empeño mi palabra de que os proporcionaré la ocasion en el momento que pueda, señor escudero.

Así dijo Beaumanoir, y seguido de Tinteniach partió á galope.

### III.

#### El banquete

En una extensa sala de góticos adornos, cuyas paredes estaban cubiertas de toda clase de armas, hallábanse sentados en derredor de una mesa de encina unos treinta guerreros ingleses y bretones del partido de Monfort. La mesa gemía bajo el peso de los enormes platos que la cubrían; las copas circulaban de mano en mano, y los convidados manifestaban su alegría con gran algazara y confusion.

—Silencio, señores, exclamó de repente el guerrero que ocupaba el primer puesto; silencio, que acabo de oir el sonido del cuerno.

—Los oidos os zumban, dijo uno de los convidados; no es otra cosa que el ruido de nuestros cuencos (nuestras tazas).

—Corriente, dijo Bemboroug (el jefe inglés que devastaba la infeliz Bretaña); que me den mi gran cuenco, pues quiero brindar. |

Llevaronle al punto una ancha taza de plata atestada hasta los bordes, y levantándose dijo en tono enfático:

—¡Brindo por la prosperidad de Eduardo, nuestro Señor, que Dios guarde! por la de Juan de Monfort, verdadero duque de Bretaña, y en fin, por la vieja Inglaterra.

Y vació su copa de un solo trago.

Yo, dijo un caballero que habia entrado durante esta escena, y habia cojido una taza; yo Roberto, señor de Beaumanoir, mariscal de Bretaña, comandante de Josselin por Carlos de Blois, brindo por la prosperidad de la Francia y la libertad de Bretaña!

Los dos guerreros pusieron en seguida sobre la mesa su copa vacía.

La admiración y la cólera se pintaron al principio en todos los rostros: luego empuñando todos la espada se volvieron hácia Bemboroug como dando á entender que aguardaban sus órdenes.

Este, mudo y pálido de furor, miraba fijamente á los dos guerreros franceses, que con los brazos cruzados se mantenían en pie esperando que hablase el inglés.

—¡Dad gracias, exclamó al fin, dad gracias al cielo porque tenís un salvo-conducto! ¡Por San Jorje, que á no ser por esto no vendríais á insultarnos impunemente!.... Me habeis pedido una entrevista, y os la he concedido; hablad, ¿qué quereis?

—¡Bemboroug, y vosotros caballeros de Inglaterra, escuchad pues! dijo Beaumanoir con voz fuertemente acentuada. Me admira tanto como me indigna que hombres tan valientes como vosotros hagan una guerra vergonzosa y cruel, no como debíais hacerla á hombres que llevan cascos y corazas, sino á los pacíficos labradores. ¡Ah! Bemboroug, los caballeros que son valientes no maltratan y arruinan á los pobres aldeanos que enriquecen las campiñas y á nosotros mismos. Pelead lealmente con los que saben manejar la lanza y la espada; pero que haya paz desde hoy para los labradores, pues harto han sufrido ya.

—Conservaré mis prisioneros, contestó Bemboroug con altanería, y haré con ellos lo que tenga á bien! No os imagineis, señor de Beaumanoir, que os tememos, porque los guerreros ingleses no temen á los bretones, y están decididos á dictarles leyes.

—Los ingleses son, respondió Beaumanoir con calma y dignidad, valientes guerreros, mas están muy lejos de aventajar á los bretones. Estoy dispuesto á demostrarlo, y si el noble Bemboroug, cuyo valor aprecio, quiere fijar el día y el sitio, yo estoy pronto con cierto número de los míos á dar á conocer con la ayuda de Dios lo que son los bretones.

—Consiento en ello, exclamó Bemboroug; escojeré treinta caballeros, y ocho días antes del domingo de la Pasión os espero, señor de Beaumanoir, con igual número de bretones, en los llanos de Mi-Voie: allí conoceréis lo que pesan nuestras espadas.

—Allí me encontrareis, respondió Beaumanoir.

Algunos minutos después él y Tinténia montaron en sus bridones, tomando la ruta de Josselin.

#### IV.

##### El combate.

Luego que se esparció esta noticia, muchos guerreros bretones quisieron unirse á Beaumanoir; pero experto militar y conocedor del valor y las fuerzas de cada uno, eligió únicamente á



aquellos cuyo brío y destreza había tenido ocasiones de admirar.

Sir Ricardo Bemboroug no pudo hallar los treinta combatientes entre los ingleses, por lo cual escujo á veinte de estos, seis alemanes y cuatro bretones partidarios de Monfort. Algunos de aquellos guerreros peleaban con una maza de acero que pesaba veinte y cinco libras, y había uno que se servía de una guadaña cortante por el un lado, y por el otro erizada de ganchos, cuyos golpes eran mortales.

El día indicado, á eso del medio día, treinta guerreros á pie desembocaron en las llanuras de Mi-Voie, y avanzaron en silencio hasta el pie de una gran encina donde hicieron alto. Era Bemboroug; y casi al mismo tiempo, pero por la parte opuesta, aparecieron los bretones, los cuales se colocaron frente á sus adversarios.

Cubiertos de brillantes armas, y ornados los yelmos con largos penachos de diversos colores, aquellos sesenta guerreros presentaban un bonito espectáculo. Todos llevaban indistintamente espadas, lanzas, puñales y sables cortos y encorbados muy parecidos á cimitarras. Solo un breton iba á caballo; pero al llegar al campo de batalla echó pie á tierra.

Ambos jefes, despues de tomar las oportunas disposiciones, arengaron á sus guerreros, y avanzando unos contra otros, trabóse el combate con encarnizada furia. Unos y otros se embisten, se defienden con vigor, y la lucha se hace general: las lanzas vuelan hechas astillas; los penachos caen á los multiplicados golpes de las hachas y las espadas, y ora pierden terreno los bretones, ora por el contrario los ingleses son los que retroceden. De vez en cuando, caen bañados en su sangre algunos de los combatientes, causando sus cuerpos cubiertos de hierro un ruido sordo.

Al cabo de dos horas, ambos partidos tuvieron que separarse para tomar aliento, pues se hallaban completamente fatigados. Cuando el combate empezó por segunda vez, Bemboroug se arrojó contra Beaumanoir, le hirió y consiguió cojerle por el cuerpo.

—Ríndete, Beaumanoir, y no te mataré.

Ahora lo veremos, responde el mariscal procurando desahucarse.

Viendo Alano de Keranrais el peligro en que se halla su jefe, acude y hiere en el rostro á Bemboroug con la lanza. Este cae y quiere levantarse; pero Godofredo Dubois le atraviesa con su espada y le corta la cabeza.

Croquart, partidario de los ingleses, y uno de los mas valientes, tomó el mando al instante, gritando:

—¡Bemboroug no existe, y solo debemos confiar en nuestro valor; acercaos á mí, y mueran cuantos se nos acerquen!

La batalla vuelve á empezar con mas furor que nunca, y to-

dos hacen prodigios de valor, rivalizando en intrepidez. Sin embargo, la victoria no se declara en favor de ninguno de los dos bandos; pero el número de los combatientes vá disminuyendo mas y mas, viéndose á poco cubierta la pradera de muertos ó heridos.

Beaumanoir, fiel á sus deberes de cristiano, habia ayunado á causa de la solemnidad del dia siguiente, y la fatiga, el calor y la sangre que habia derramado, le ocasionaron una sed tan ardiente, que pidió de beber al mismo tiempo que combatia.

—Beaumanoir, le gritó uno de los guerreros, bebe tu sangre y los ingleses son vencidos!

Esta enérgica respuesta reanima al guerrero, y de nuevo se precipita sobre el enemigo. Siguenle los bretones, y la victoria corona al fin sus esfuerzos. Croquart y algunos otros se rindieron; los demás habian perecido.

La batalla de los treinta que tuvo efecto en 1351, fué celebrada por los poetas de aquel tiempo, y la familia Beaumanoir, cuyo guerrero por parte de los bretones, así como Croquart (era normando) por parte de los ingleses, fueron unánimemente proclamados los héroes de aquella jornada; su familia, decimos, tomó por divisa y grito de guerra estas palabras célebres: *Beaumanoir, bebe tu sangre.*

En 1819 se ha elevado una pirámide en Mi-Voie en honor de los bravos que allí combatieron, y para perpetuar la memoria de un hecho de armas tan glorioso para la Francia como para la Inglaterra.

## CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

### V.

**Gas hidrógeno.**—Muerte de un químico inglés.—Globos aerostáticos.—Fuegos rojos.—Explosion en las minas.—Microscopio en el gas.

En el mes de noviembre de 1841, los periódicos anunciaron que un químico inglés, queriendo ensayar en él mismo el efecto de la respiracion del gas hidrógeno, se puso tan malo que todos los auxilios y medicamentos que le suministraron fueron inútiles, y espiró poco tiempo despues, víctima de su inmoderado celo por el progreso de la ciencia.

¿Qué cosa es pues ese gas hidrógeno capaz de envenenar al hombre y de causar su muerte?



El hidrógeno es uno de los elementos del agua: para obtenerlo en forma de gas, se mezcla el agua con el ácido sulfúrico: si luego se echa zing ó hierro, el líquido entra en efervescencia y deja escapar el gas hidrógeno, el cual se recoje para los usos que vais á ver.

El gas hidrógeno cuando es enteramente puro, es catorce veces mas ligero que el aire atmosférico: así es que desde que fueron conocidas las propiedades de este gas (descubrimiento que por lo demás no se ha hecho hasta el siglo XVIII) se pensó en servirse de él para llenar los globos aereostáticos que acababan de inventarse, y que al principio se llenaban dilatando el aire contenido en ellos por medio de un fuego de paja y de lana que se tenia encendido debajo, de suerte que diese calor y dilatase lo interior del globo. Trabajo lento, difícil de practicar y muy peligroso, porque el aire exterior que penetraba poco á poco en el globo, bien pronto aumentaba su peso y lo hacia caer en tierra, además del riesgo que habia de ver á cada momento prenderse fuego al globo.

Este método antiguo era el de Mongolfier, el primero que en Francia construyó y elevó un globo grande. El físico Carlos fué el primero que en 1783 se elevó en el aire con el auxilio de un globo lleno de gas hidrógeno, y en 1785 hizo otra gran experiencia que tuvo mejor éxito, remontándose á la altura de doce mil metros, y descendiendo á once leguas de París; ejemplo que con mayor ó menor éxito han seguido muchísimos areonautas.

El gas hidrógeno, muy inflamable de suyo, tiene tambien sus peligros: desgraciado del areonauta, si el hidrógeno de su globo entra en contacto con la menor chispa! resulta entonces una esplosion que por necesidad debe destruir el globo. Esto es lo que acaeció á Pilastre de Rosier, director del Museo real de París, que tomó vivísimo interés en la invencion de los globos aereostáticos, y quiso intentar con Mongolfier los primeros ensayos que éste hizo en público de su descubrimiento.

Creyendo que obraría bien en combinar el método de Mongolfier con el de Carlos, empleó los dos para un viaje aéreo que queria hacer de Calais á Douvres, atravesando por consiguiente el brazo de mar ó estrecho que separa la Francia de la Inglaterra. Pero cuando se hallaba en el aire, el fuego que mantenía segun el método de Mongolfier se comunicó al gas hidrógeno del globo, resultando una explosion que precipitó en tierra al desgraciado Rosier, el cual espiró al momento, si no es que ya hubiese muerto solo por efecto de la esplosion.

Ya veis que si el gas hidrógeno es útil á causa de su poca pesadez con relacion á la del aire atmosférico, el uso que hasta aquí se ha hecho de él no deja de tener peligro para los hombres intrépidos que con el auxilio de este gas se atreven á re-

montarse en los aires, atravesando la region de las nubes.

Este gas se forma naturalmente, y por desgracia en mucha cantidad, en las minas de carbon de piedra, sobre todo en las que dan la especie que se llama hornaguera gruesa. Allí se escapa de la hornaguera misma y de las cavidades que se hallan entre las capas ó balcos, y se acumula en las galerías donde se trabaja, sobre todo en el extremo de ellas y á donde no llegue el aire exterior. Si entonces un trabajador tiene la desgracia de penetrar con una luz, al instante se prende fuego á toda la masa de gas acumulado en la galería; se verifica una explosion, quémanse los mineros, se ahogan ó al menos salen heridos, y de resultas de la fuerte detonacion, vienen á tierra algunas bóvedas que tapan ú obstruyen el paso, y que entierran vivos por decirlo así á los pobres trabajadores.

Este desastre es harto frecuente; y en enero de 1842 tuvo lugar en una mina de las cercanías de Mons, en Hainato, provincia de Bélgica, que como quizá sabreis es rica en minas de carbon de piedra y esporta una cantidad inmensa de este combustible, ahora tan útil en las artes, sobre todo para las máquinas de vapor. La explosion indicada se verificó á poca distancia de la boca de la mina, y produjo un hundimiento que cerró enteramente el paso para llegar al fondo de la mina donde trabajaba gran número de jornaleros. Fué preciso empezar el trabajo al instante, y continuarlo sin descanso de noche y de día para dejar espedito el paso y sacar á los trabajadores enterrados vivos en aquella parte de la mina.

Los mineros llaman fuego rojo á ese gas inflamable que como veis los amenaza de muerte debajo de tierra; enemigo muy peligroso, contra el cual se trabaja hace muchos años para librarse de su furia. Un químico inglés llamado Davy, ha inventado una lámpara, llamada de seguridad, que estando cercada de un enrejado de hilo de metal debia consumir poco á poco el gas inflamable de la mina, sin causar explosion. Sin embargo, este aparato no presenta todas las seguridades que serian de desear, y se ha ofrecido en Bélgica un premio al que encuentre el medio de sustraer los trabajos de explotacion de las minas de carbon de piedra de los riesgos de una explosion. Seguramente que el sábio que hiciera semejante descubrimiento, seria el bienhechor de la numerosa clase de jornaleros que no tienen otros medios de subsistencia que el trabajo en las minas.

En tanto que esto no se verifica, se procura establecer en las minas la ventilacion, es decir, el acceso, y si es posible, la corriente del aire exterior: por desgracia, el gas hidrógeno es tan inflamable que si se mezcla por una cuarta parte con el aire que llena la mina, esta mezcla basta para producir una explosion al acercar luz.



Observemos aun otro fenómeno del gas hidrógeno. Cuando mezclado en una quinta parte con el aire comun, lo respiran los hombres ó los animales, entonces hace el efecto de un narcótico, provocando á un sueño irresistible; pero si el gas llega á dominar puede ser funesto, como lo demuestra el ejemplo del químico inglés de que hemos hablado mas arriba.

En algunas poblaciones hay microscopios con cuyo auxilio se ven por la noche debajo de una luz muy viva pequeños y singulares animalillos que se ajitan y se hacen la guerra en una gota de agua. Esa luz tan viva que alumbra un mundo invisible á la simple vista, se debe al gas hidrógeno encendido que se hace pasar sobre una porcion de cal y que se combina con esta sustancia.

## DEL CARNAVAL Y DE ARLEQUIN.

Ahora que ha pasado el carnaval con su broma y su bullicio; ahora que tranquilo el ánimo podeis leer con atencion los artículos ora amenos ora instructivos que os damos en nuestro *Mentor*, vamos á contaros una historia sencilla y dulce acerca del origen de Arlequin, personaje caprichosamente vestido, cuyo nombre ha pasado á no pocas lenguas.

Habiendo ido á Bérgamo (en Lombardía) un opulento comerciante maltés, murió á los ocho dias de un ataque de apoplegia fulminante, dejando desamparado un negrito que habia llevado consigo y no sabia una palabra de italiano.

Enterrado el amo, el negrito permaneció junto á la sepultura un dia y una noche llorando y recordando en su lenguaje lo que habia perdido; pero al dia siguiente el hambre arrojó del cementerio al negrito, y fué á llamar á la puerta de la fonda donde su amo habia fallecido.

El huésped le despidió con rudeza, sin compadecerse de sus lágrimas y sus humildes voces. Tal vez se hubiera enternecido si hubiese comprendido el lenguaje del pobre diablo; pero no lo comprendia, y ya sabeis que como dice Esopo en sus fábulas, antes falta á los fondistas que á los leones la inteligencia del corazon.

Hé aquí pues á nuestro negrito vagando por las calles de Bérgamo, sin pan, sin asilo, casi desnudo, en medio de una muchedumbre estraña, solo y sin esperanza, sin otro remedio que mirar al cielo y morir en el pórtico de una iglesia ó bajo la columnata de algun palacio!

Nadie le escucha, y para él, tan silencioso sería el desierto de Zarah como el populoso Bérghamo. Tampoco hay que decir que los muchachos se burlaban de él, tirándole piedras y barro, y persiguiéndole á silbidos. Pobre juguete que habrían roto entre sus manos si hubiesen tenido fuerza para ello; porque ni uno solo de los transeúntes se hubiera apartado de su camino para ir en socorro del que no hacia otra cosa que ocultarse y llorar.

Sin embargo, tres niños salvaron al negrito, y empezaron por darle los higos y el pan que componian su almuerzo. Después reflexionaron que esto no era suficiente, pues si su protegido no tenia hambre, se hallaba cubierto de miserables harapos que no podian preservarle del frio por la noche.

«Es preciso darle un vestido!» exclamaron los tres camaradas.

Pero un vestido cuesta caro, y no se encuentra al momento como el pan y los higos.

De pronto fué á iluminarlos una idea soberbia: los padres de los tres niños eran mercaderes de paños, y cada uno de ellos corrió á la tienda paterna y sacó una porcion de pedazos y de orillas del paño que se dejaban á un lado como inútiles, mezcla de retazos de todos colores. Un sastre, admirado de su beneficencia, quiso imitarla, y al dia siguiente estaba hecho el vestido, y el negrito causó con él mágico efecto.

Pero el traje no era completo, y nuestros niños reunieron sus ahorrillos para comprar un bonito sombrero que adornaron con una cola de conejo blanco á guisa de penacho, y arreglaron una lata para que le sirviese de sable, y que Rosita le colgó á la cintura.

El pobre negrito no sabia cómo expresar su gratitud á sus tiernos protectores, y en su confusion, juntaba las manos, y movia la cabeza con movimientos tan encantadores y graciosos que uno de los chicos le comparó á su gato negro *Arlechino*. Entonces exclamaron los otros dos niños:

«Sí, es verdad, nuestro amigo es como *Arlechino*: le llamaremos *Arlechino*.»

Al cabo de algun tiempo, todos se dieron á socorrer al negrito, cuyo pintoresco traje admiraban los italianos, así como les gustaba su graciosa apostura. Unos cómicos se pusieron aquel traje estrambótico y una careta negra para parecerse mejor al modelo, y no faltó quien compusiera expresamente piezas á fin de que figurase en ellas aquella creacion original.

Ninguno se desdenó de oir las ingeniosas salidas de *Arlechino*; pero sobre todo durante el carnaval fué cuando aquel personaje brilló en todo su esplendor: en Italia, en Francia, en Alemania habia furor por disfrazarse de *Arlequin*, no siendo España donde menos se ha procurado imitar su lenguaje sencili-



llo, su *dancita* y sus burlescos gestos. Esta moda duró muchos siglos, y aunque andando los tiempos ha decaído muy mucho, ese nombre, como hemos dicho arriba, ha pasado á varios idiomas, sirviendo hoy para indicar que uno va vestido estrambóticamente y que su traje se compone de muchos y variados colores.

¿No es verdad, amiguitos míos, que esta historia ha cautivado vuestra atencion y que hemos hecho bien en contárosla? Esto no quiere decir que estemos seguros de su certeza; pero basta que sea verosímil y sobre todo moral. Por otra parte, admitiendo que sea un cuento inventado para agradar, todavía podemos decir con el italiano: *Se non è vero è ben trovato*; si no es verdad, á lo menos está bien imaginado.

## EL BUEY GORDO.

Muchos de vosotros, si no todos, sabeis que en Francia existe la costumbre singular de pasear el miércoles de ceniza por las calles de París un buey cebado con este objeto, y adornado con infinidad de moños. Esta costumbre sumamente antigua ha dado lugar entre nuestros vecinos á explicaciones mas ó menos probables é ingeniosas acerca de su origen; pero no es nuestro ánimo hablar de ellas, sino haceros una descripcion no muy larga de lo que acerca de esta costumbre presencié Paris en 1806.

Napoleon, que entonces imperaba en Francia, dispuso que los carniceros que acompañasen el buey gordo aquel año habian de llevar coleta y polvos, sombrero á lo Enrique IV, y traje con los colores nacionales.—Detrás debian ir cuatro caballos enjaezados y con penachos, como oficiales cuatro mamelucos vestidos de terciopelo, seis mamelucos ordinarios, seis salvajes, seis romanos, cuatro griegos, seis caballeros franceses, cuatro polacos, cuatro españoles, dos postillones ó correos, ocho turcos ordinarios, un tambor mayor con uniforme de la guardia imperial, seis tambores vestidos de gladiadores, dos pifanos de chinos, y diez y ocho músicos como quisieran vestirse.

En este orden y con semejante acompañamiento burlesco se presentó en las Tullerías el buey gordo, y Napoleon, así como la emperatriz Josefina, acompañados de los grandes dignatarios del imperio, se pusieron al balcón. Sobre el buey iba un niño vestido de Cupido, el cual desde luego llamó la atencion de la emperatriz.

«¡Oh! ¡qué niño tan bonito! exclamó; pero así vestido de-

be morir de frío.... Que lo traigan aquí para que se caliente.»

Llevado el niño á palacio, la emperatriz le cojió en brazos: tendría apenas tres años y medio, y aunque se sonrió con Josefina, cuando Napoleon le cojió en brazos empezó á hacer pucheros, hasta que rompió á llorar.

«El pobrecito está helado, dijo Napoleon.

—No, señor emperador, respondió el niño; no tengo frío.

—¿Entonces por qué lloras?

—Yo quisiera ir con esa señora, respondió señalando con el dedo á la emperatriz, porque no te quiero á tí, señor emperador.

—Hé aquí un diablillo que no se para en barras para hablar, dijo el emperador riendo. ¿Y por qué, señorito, no me quiere V. á mí que tengo los bolsillos llenos de dulces?

—Porque tú haces llorar á mi buena mamá, y quieres llevarme á mi hermano Ambrosio que gana pan y carne para mamá y bombones para mí.

—¿Y dónde está tu hermano Ambrosio?

—Míralo; aquel señor azul que lleva al hombro un baston muy grande.»

Y designaba un moceton vestido de salvaje que tenia agarrado el buey por los cuernos. Napoleon, que no perdonaba ocasion alguna que pudiera aumentar su popularidad, mandó que subiese el señor salvaje azul, y supo entonces que Ambrosio era un guapo muchacho que con el producto de su trabajo, como oficial de carnicero, mantenía á su madre, su hermano y una hermana, únicas personas que componian su familia. Llamado por la *conscripcion* (alistamiento para el servicio), Ambrosio habia conseguido formar parte de la reserva; pero al cabo de un año acababa de ser llamado á unirse á las filas.

«Amigo, le dijo el emperador, la Francia ha menester soldados; pero tambien necesita carniceros en París: te quedarás en París.»

Luego, volviéndose al duque de Otrante, entonces ministro de policia, añadió:

«Señor duque, este jóven irá á veros mañana de mi parte, y le dareis la licencia correspondiente para que sea maestro carnicero antes de que termine la semana. Y ahora que no me llevo al señor Ambrosio, ¿quieres darme un abrazo, picarillo? preguntó al chico, que ya habia dejado de llorar.

—¡Oh! sí, señor emperador.... y tambien á la señora.... y tambien á todo el mundo!»

El niño pasó de mano en mano, y colmado de caricias, llena de bombones la falda de su túnica, su hermano le colocó en los lomos del buey, donde tenia su trono, y el convoy se alejó, gritando con entusiasmo, y dando vivas al emperador.

S. D.





### EL SOLDADO:

Quizá muchos de vosotros, amables niños, cuando pasais junto á un soldado, le mirais con indiferencia, ya que no con des-  
pego. Esto consiste en que rodeados vosotros de comodidades,  
ignorais las privaciones á que está sujeto el pobre militar, y los  
sinsabores que siguen al que por suerte ó por aficion emprende  
semejante carrera.

El soldado en tiempo de paz, no tiene voluntad propia, y ya  
permanezca en el cuartel, limpiando el armamento ó aseándose  
á sí mismo, ya le veais en un cuerpo de guardia, siempre lleva  
tasado el tiempo, y cada hora que suena en el reloj de la iglesia  
inmediata, le marca una nueva y pesada obligacion. Ora en los  
ejercicios, ora de centinela, ora, en fin, de patrulla ó de re-

ten, llueva ó nieve, haga frio ó calor, está condenado á sufrir los rigores de la atmósfera, sin que le sea dado otra cosa. Y todo por conservar el órden, por ser el guardador de los intereses del pacífico ciudadano, que tambien sirve á su patria, aunque no con tantas privaciones y fatigas.

Pero cuando la guerra abre la sima de los infortunios y los desastres; cuando el cañon lleva á todas partes la destruccion y la muerte, crecen los trabajos y las penalidades del soldado, el cual espone su pecho á las balas enemigas, por defenderos á vosotros y á vuestros deudos. Dichoso el soldado que no pierde en la flor de su edad alguno de sus miembros! Feliz sobre todo el que, aunque estropeado, consigue volver al seno de su desconsolada familia!... Mas cuántos hay que no logran este consuelo! ¡cuántos no espiran en los campos de batalla, desconocidos para la patria que les dió el ser, ignorados de sus parientes y sus amigos!...

Oh! grabad en vuestra mente estas ideas; imprimid en vuestro corazon estos sentimientos, y cuando paseis por delante de un soldado, lanzadle una mirada compasiva, siquiera porque es el defensor de vuestros intereses y vuestra vida, siquiera porque consume los mejores años de la suya lejos de su familia, y entregado á un trabajo rudo y molesto!

TENORIO.

